

privación de nuestro Salvador, que jamás hemos visto y que no veremos sino después de nuestra muerte; para consolarnos en nuestras penas, en nuestros afanes, en nuestras tentaciones, pero con una consolación interna, deliciosa, que no está en la superficie de los sentidos, sino con nosotros el fondo de nuestra alma y en nuestro corazón. Consolación eterna: hemos sido privados de la presencia visible de Jesucristo; pero el Espíritu consolador que él nos ha enviado, subsistirá eternamente en su Iglesia, la gobernará, la protegerá, la consolará, y en ella mantendrá una paz eterna, aun en medio de los mas grandes tumultos y de las mas violentas agitaciones. Este Espíritu Santo consolador estará también con nosotros si no lo echamos nosotros mismos con el pecado. Ni el mundo, ni el infierno, ni criatura alguna es capaz de quitarnos del corazón su consolación. Ni tampoco la muerte nos la quitará; antes entonces nos será mas sensible por la próxima esperanza de los bienes eternos. Dichoso pues, el que sabe despegar el corazón de toda consolación humana, para darse enteramente a este divino consolador!

Tercero. *Espíritu de verdad y de sumisión.* Mi Padre os dará.... "el espíritu de verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce; pero vosotros lo conoceréis, porque habitará con vosotros y estará con vosotros...." El Espíritu de verdad fué dado a los apóstoles y á sus sucesores, para enseñar, y á los fieles para someterse con docilidad a este divino enseñanza. El mundo, que sigue solo los sentidos, *no* conoce este espíritu, y en el enseñanza de la Iglesia n da ve divino, sino todo humano. El mundo todo lleno de orgullo y de confianza en sus luces, *no* conoce este Espíritu de verdad que exige la sumisión de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Cada uno quiere hallar la verdad en sí mismo, ó si la busca en la Escritura, pretende interpretar la palabra de Dios según su propio espíritu; según sus ideas; según sus pretensiones. De aquí han tenido origen tantas sectas, tantos sistemas, tantas quimeras que se contradicen y mutuamente se destruyen. Frutos infelices del espíritu de orgullo, de error, de mentira á que el mundo se abandona, en vez de someterse al espíritu de verdad dado á los apóstoles y á la Iglesia que ellos han fundado y con la que debe permanecer eternamente. ¿Seguimos nosotros este espíritu de verdad? ¿Lo conocemos? ¿Habita en nosotros? ¿Está él en nosotros? ¿Es sincera y perfecta nuestra sumisión á la Iglesia apostólica? ¿Es firme nuestra fe, está tranquila?

PUNTO IV.

PREDICCIÓN DE LOS TRES MISTERIOS QUE JESUCRISTO QUIERE CUMPLIR.

Primero. *De su muerte.* "No os dejaré huérfanos; volveré á vosotros todavía un poquito, y el mundo ya no me verá mas...." De hecho, el tiempo era brevísimo, porque Jesús debía espirar en menos de veinticuatro horas.... ¡Oh Dios mío, con qué arte anunciáis vos á vuestros discípulos la muerte cruel que vais á padecer! Reserváis para vos toda la pena y á ellos les presentáis solo la consolación: vos solo pensáis á animarlos, á sostenerlos y fortalecerlos; pero yo que sé á qué suplicio os encamináis, podré pensar en el sin horrorizarme y sin morir de amor?

Segundo. *De su resurrección.* "Pero vosotros me veis porque yo vivo, y vivireis también vosotros...." Apenas Jesucristo les hace entrever el instante de su muerte, les habla luego al punto de su resurrección y los llena de un pensamiento de consuelo.... Llenémoslos también nosotros, para sostenernos en las penas de esta vida y en los dolores de la muerte, y entonces digamos: vive mi Salvador, yo lo veré porque su vida está en mí y yo vivo de su gracia y de su amor.... ¡Oh mundo infeliz que ya no verá mas á Jesucristo sino al fin de los siglos como juez irritado, porque hasta aquel punto no cesará de contradecir á sus máximas y de perseguir á sus discípulos!

Tercero. *De la venida del Espíritu Santo.* "En aquel día (cuando después de mi resurrección y de mi ascensión os habré enviado el Espíritu Santo) vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros." ¡Oh cuántos misterios aprenderán en un solo día hombres de espíritu tan poco penetrante cuales son los apóstoles, que no han podido hasta ahora tener de ellos inteligencia alguna y que antes siempre han tenido ideas diversas de lo que Jesucristo les anunciaba! Esta es victoria vuestra, ¡oh Espíritu de luz! Estos espíritus materiales y carnales fueron iluminados y comprendieron estos misterios sin dudas, sin sombras, sin mezcla de error, sin la mas mínima incertidumbre; los comprendieron, no en un día, sino en un instante, y estuvieron en estado de enseñarlos y hacerlos creer al universo.... ¡Ah! venid, Espíritu Santo, venid á iluminar nuestros espíritus y á encender nuestros corazones para que no solo ortamos estos misterios, sino que también los gustemos, los amemos y rebosemos de júbilo y de alegría. Hacednos principalmente conocer el sentido de estas palabras de nuestro Salvador.... "Yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros...." ¡Oh grandeza! ¡oh suerte inefable!

PUNTO V.

DEL AMOR DE DIOS.

Primero. *Cómo debemos amar á nuestro Señor.* "El que tiene mis mandamientos y los observa, este es el que me ama...." He aquí la regla compendiosa del amor, de la santidad y de la perfección; conocer y practicar los mandamientos de Jesucristo. Hagamos consistir en esto nuestra devoción, á este fin esencial endoremos todos nuestros ejercicios de piedad, el uso de los sacramentos, nuestras penitencias, nuestras lecciones, nuestras oraciones, nuestros exámenes, todas las acciones de nuestra vida. Observemos los mandamientos de Dios, tengámoslos presentes al espíritu, no dejemos pasar ocasión alguna de practicarlos, no quebrantemos alguno. En esto consiste todo nuestro espiritual aprovechamiento; sin esto, todo lo demás es nada, ó todo es engaño; sin esto no podemos agradar á Jesús, con esto lo amamos: aunque nos hallemos en una saqueada, y casi sin algun sentimiento de fervor y sin algun gusto de devoción estemos tranquilos; si somos constantes y fieles en observar los divinos mandamientos, esto basta, nosotros los amamos.

Segundo. *Cómo seremos amados del Padre....* "Y el que me ama será amado de mi Padre...." Si nos parece penoso observar los mandamientos de Jesucristo y amarlo de este modo, reflexionemos que amándolo así, seremos amados de Dios su Padre, amados del Criador, del Señor absoluto de todas las cosas, del árbitro soberano de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad. ¿Qué no hacemos nosotros en el mundo para hacernos amables? ¿y á quién? A hombres débiles, ingratos, corrompidos en sus juicios y en sus costumbres, que por lo comun no pagan sino con desprecio el cuidado que tenemos de agradarles. ¿Qué no haríamos si estuviéramos seguros de llegar á ser favorecidos de un monarca, de obtener su confianza, su amistad? ¿Qué no haríamos si pudiésemos prometernos el ganarnos la estima y el amor de todo el mundo? ¡Insensatos! ¿Ser amados de Dios, no vale mas que todo esto? ¡El que es amado de Dios, no será un día estimado y reverenciado de todas las criaturas, y amado de todas aquellas que serán capaces de amar?

Tercero. *Cómo seremos amados de Jesucristo.* "Y yo lo amaré, y me manifestaré yo mismo á él...." El que ama á Jesucristo, es amado de su Padre, y aquel á quien su Padre ama, lo ama también él.... ¡Ah! ¿podría él no amarlo?... ¡Oh amor divino, que el Espíritu Santo enciende en nuestros corazones, que de nuestros corazones se eleva hasta el corazón de Dios y nos gana el amor del Padre, y con el amor del Padre el amor del Hijo! ¡Oh comercio inefable de la divinidad con los hombres, por medio de la humanidad de

nuestro Señor Jesucristo! Misterio de amor, misterio escondido á los ojos de los profanos y de los trasgresores indóciles de la ley de Jesucristo; pero misterio que se obra en el corazón de los justos, misterio que Jesucristo les manifiesta por medio del conocimiento que les da de sí mismo! ¡Misterio que él manifestará un día á los ojos del universo para confundir y poner en desesperación sus enemigos! ¡Misterio que dejará de serlo en el cielo, por la total manifestación que Jesucristo hará de sí mismo á sus escogidos, los que manifestamente verán toda la economía de su redención! ¡Oh, de qué amor, de qué felicidad los llenará esta manifestación perfecta del amor de Dios para con ellos y de su amor para con Dios! ¡Crecerán ellos entonces haber hecho mucho con mantenerse fielmente constantes en la observancia de los mandamientos del Señor!

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, concededme la gracia de que incessantemente trabaje para obtener tan grandes bienes, para merecerlos amándolos, y para dar pruebas de mi amor con la observancia de vuestros mandamientos. Amen.

MEDITACION CCXC.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. VI, v. 22, 31.

CONTINUACION Y FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES, DURANTE LA CENA.

Primero, pregunta de san Judas; segundo, último adios de Jesucristo á sus apóstoles; tercero, razones que Jesucristo da de su conducta.

PUNTO I.

PREGUNTA DE SAN JUDAS.

"Dijole Judas, no el Iscariote: Señor, ¿de dónde viene que te manifestarás á tí mismo á nosotros y no al mundo?...."

Primero. *El sentido de la pregunta.* Los apóstoles escuchaban atentamente á su Maestro; pero no entendían bien lo que les decía, y todas las veces que lo interrumpían para proponer sus dudas, daban bien á entender la necesidad que tenían de que el Espíritu Santo los instruyese. Esto es lo que ya hemos visto en santo Tomás y en san Felipe, y que vemos aquí en san Judas, el cual no va confundido con Judas Iscariote, que ya había salido del Cenáculo. Judas, por

sobrenombre Tadeo ó Lebbeo, era hermano de Santiago el menor, y de él tenemos una Epístola canónica. San Judas, como los demás apóstolos, miraba siempre el reino del Mesías como un reino temporal, y con esta idea, no comprendía cómo Jesús, que era el Rey y el Mesías, no se manifestaría el mundo, ni qué especie de reino pudiese ser aquel que el mundo no reconociera.... ¿No participamos por ventura nosotros aun en alguna manera, del error de este apóstol? En nuestro espíritu, no solo son estimados mas que el reino de Jesucristo los reinos temporales, sino tambien cualquiera dignidad, cualquiera autoridad, cualquiera grandeza mundana aprobada y reconocida del mundo. Y ¡oh! ¿qué no hacemos, qué cosa no estamos dispuestos á hacer por los grandes del mundo? ¿y por Jesucristo, qué hacemos nosotros?

Segundo. *Respuesta á la pregunta, por lo que mira á los discípulos.* “Respondió Jesús, y le dijo: si alguno me ama, observará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos á él, y haremos mansion en él.” He aquí el reino de Jesucristo, el reino del Mesías, reino del todo desconocido de los discípulos de Jesucristo, reino divino, reino eterno, reino mayor que cuanto tiene la naturaleza. Ser amado de Dios, poseer á Dios, verlo en sí, estar unida con él, he aquí el estado de una alma que practica la palabra de Jesucristo y observa sus mandamientos. Ella es el templo vivo de la Divinidad, la Divinidad reside en ella de un modo que ninguna lengua puede explicar: ¡oh qué felicidad, oh qué gloria! ¿Qué desventura estar privados de un tan grande bien! ¿Qué locura privarse de él, perderlo por el pecado, después de haberlo obtenido con la penitencia! ¿Y qué es lo que se debe hacer para obtener un tan gran favor? Amar á Jesucristo, y por señal de su amor, observar su santa ley. ¡Ah! Señor, á esto estoy yo resuelto por lo que me resta de vida, venid á mí, sostenedme; permaneced conmigo hasta la muerte y por toda la eternidad.

Tercero. *Respuesta á la pregunta, por lo que mira al mundo.* “El que no me ama, no observa mis palabras, y la palabra que habeis oído no es mía, sino del Padre, que me ha enviado....” He aquí el delito del mundo y la causa de su reprobacion. No ama á Jesús ni pone en práctica sus palabras, porque estas santas palabras son contrarias á las pasiones que él halaga. Estas palabras, pues, de piedad, de pureza, de equidad, de caridad, que hemos recibido de Jesucristo, no son solamente de él, sino tambien de Dios su Padre que lo ha enviado. Luego el que no observa la ley del Evangelio, desobedece á Dios mismo, y desecha las obras de la redencion, y el mérito de la salud que él nos ofrece en la mision de su Hijo. Después de un tan formal desprecio de la divina autoridad, ¿qué cosa debe esperar este mundo perverso y corrompido sino un

anatema y un eterno suplicio? ¡Oh Jesús! abandonado un mundo que no os ama ni practica vuestros mandamientos, renuncio sus caminos y quiero vivir fielmente unido á vuestra santa palabra, que hará aquí en la tierra mi santificion, y mi felicidad en los años eternos.

PUNTO II.

ÚLTIMO ADIOS DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES.

Primero. *Les promete de nuevo la venida del Espíritu Santo.* “Estas cosas os he hablado estando con vosotros. El Paráclito, pues, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os hubiere dicho....” He aquí los dos maestros que Dios nos ha dado; el uno visible y sensible que ha estado entre nosotros, hombre como nosotros, que ha hablado la lengua de los hombres, y en esta lengua ha revelado, en cuanto es posible, los misterios de Dios; que en su humanidad nos ha dado ejemplo, ha padecido, ha merecido, ha satisfecho por nosotros, y este es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, segunda persona de la Santísima Trinidad; el otro es el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad, Maestro interno é insensible, cuyo lenguaje ilumina el espíritu, da la inteligencia de todas las cosas y se hace sentir en el corazón. Por este espíritu han comprendido los apóstoles el sentido de cuanto Jesucristo les había dicho y de cuanto había hecho. Por la fuerza y con la luz de este espíritu han confundido la Sinagoga, han convertido el gentilismo, y la Iglesia interpreta aun todos los días las Escrituras, hace la discrecion de los libros y de la doctrina que ellos contienen y reprobaban, y desecha todas las herejías, los errores y las novedades. Este espíritu es el que ha sugerido á los apóstoles lo que debían enseñar, á los autores sagrados lo que debían escribir, á los mártires lo que debían responder, y aun hoy en día es él el que internamente nos habla y nos aparta del mal, y nos inspira el bien que debemos hacer. ¡Ay de nosotros si damos antes oídos á las sugerencias del maligno espíritu que á las inspiraciones del Espíritu Santo! El Padre nos lo envía en nombre de Jesucristo, porque nos lo ha concedido solo por sus méritos, y lo ha hecho bajar solo para hacernos comprender, gustar y practicar la doctrina de Jesucristo, y he aquí cómo las tres personas de la adorable Trinidad unidamente é indivisiblemente se emplean para nuestra salvacion, y he aquí cómo es obra suya nuestra santificacion. ¡Ah! no les hagamos resistencia ni perdamos el fruto de un tan grande beneficio.

Segundo. *Les da su paz.* “La paz os dejo,

mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se atemorice....” Dejando el Salvador á sus discípulos, les da su paz; pero no como la da el mundo. La manera y la cosa son muy diferentes. La paz del mundo consiste puramente en gozar tranquilamente de los bienes sensibles, paz muchas veces turbada y muchas veces expuesta á serlo por todo aquello que puede quitarnos estos bienes, paz externa, y en medio de la cual el corazón está frecuentemente agitado de la guerra de las pasiones y de los remordimientos de la conciencia; paz breve, pues á lo mas puede durar cuanto la vida presente; paz peligrosa y á veces mas funesta que el tumulto y que la tribulacion. La paz de Jesús es la paz con Dios á quien se sirve, con el prójimo á quien se ama, con nosotros mismos, mortificando las pasiones; paz interna que llena al alma, serena el corazón y lo sacia; paz durable que no podemos perder sino por nuestra culpa, y que no destruirá la muerte; paz santa que es una prueba anticipada de la bienaventurada paz de la eternidad. El mundo no puede darnos ni aun su misma paz: solamente puede desahorrarla; pero sus deseos son por si mismos estériles é ineficaces. Tiene otros deseos de pura ceremonia y vanos que consisten solo en palabras, otros falsos que los desmienten el corazón y los desecha, otros engañosos que los contradicen la conducta y las acciones. Pero cuando Jesucristo nos desea su paz, él nos la da, porque sus deseos son eficaces si nosotros no les ponemos algun obstáculo y porque sus palabras obran en nosotros lo que significan. El solo tiene derecho de decirnos: no os turbeis, no temáis, porque él solo con su gracia puede defendernos contra todas las cosas y hacernos triunfar de todo. Perdieron los apóstoles, es verdad, esta paz, la consternacion se apoderó de su corazón y el temor los separó; pero Jesucristo les perdonó su cobardía, los reunió, les restituyó la paz y nada fué ya capaz en adelante de quitarla. Pidamos á Jesús que nos dé su paz y no busquemos jamás otra.

Tercero. *Les anima á alegrarse de su partida.* “Habeis oído cómo os he dicho, voy y vengo á vosotros. Si me amáis, os alegraréis ciertamente, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo....” ¡Ay de mí, oh Señor! ¿cómo queréis vos que se alegren cuando vos los dejáis? Si no pueden alegrarse ¿no es por ventura porque os aman? Es verdad que vos vais á vuestro Padre; pero vos no deis por qué camino sangriento debéis ir. ¿Cómo podrían alegrarse si lo supieran? Y vos, Señor, que lo sabéis, ¿cómo podéis aun animarlos á que se alegren, y á que se alegren por amor vuestro? El ir á vuestro Padre es cierto que es cosa grande, si para ir á vuestro Padre contais por nada los oprobios, los suplicios, la cruz y la muerte. Y si todo esto debe tambien ser motivo de alegría

para los que os aman, porque este es el camino que os lleva á vuestro Padre, contais por nada los oprobios, los suplicios, la cruz y la muerte. Y si todo esto debe tambien ser motivo de alegría para los que os aman, porque este es el camino que os lleva á vuestro Padre, ¿cuán grande debe ser aquella gloria del cielo, donde vuestra santa humanidad será colocada á la diestra de vuestro Padre? Sí, ¡oh Señor! igual á vuestro Padre por la naturaleza divina que jamás habeis dejado; vos sois infinitamente inferior á él por la naturaleza humana que habeis tomado. Si ahora vais á vuestro Padre, lo habeis por vuestra naturaleza humana, en vuestra naturaleza humana vos seréis glorificado por vuestro Padre, y porque vuestro Padre es infinitamente grande é infinitamente poderoso: todos los oprobios y suplicios que padeceréis por su amor, son nada en comparacion de las celestiales delicias de que os colmará y de la gloria eterna de que os coronará. Pero yo, ¡oh Señor! ¿a quien os dignáis llamar á la participacion de la misma gloria, ¿cómo debo mirar las cruces, las penas, las enfermedades, los dolores y la muerte que me guñan á ella? ¡Ah! diré como vos á los que se aflijirán por mi muerte: “Si me amáis os alegraréis ciertamente, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo....” Voy á mi Señor que ha muerto por mí y que ha padecido mas que yo. Así hablaban los mártires á sus parientes y á sus amigos, que llorosos los veían arrastrar al suplicio.... Así tambien se han visto en el lecho de la muerte muchos cristianos consolar sus afligidas familias, y alegrarse ellos mismos entre los dolores y en la cercanía de una muerte que estaba para ponerlos en la posesion de la bienaventurada eternidad.... Animemos nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza.

PUNTO III.

RAZONES QUE JESUCRISTO MISMO DA DE SU CONDUCTA.

Primero. *De sus predicciones.* “Yo lo he dicho ahora antes que suceda, para que cuando fuese hecho creais....” La religion cristiana está apoyada sobre tantas pruebas de toda especie y tan convincentes, que no obstante la incomprendibilidad de sus misterios, un corazón recto no puede hacer otra cosa que creer. Para quedar convencidos, basta abrir los ojos, ver lo que ha sucedido y lo que ha sido predicho. ¿Podían los apóstoles no creer después de lo que habian visto, y á que se alegren por amor vuestro? ¿Podían los primeros cristianos no creer después de haber visto lo que obraban los apóstoles; ¿puede nosotros no creer, nosotros que vemos el univer-

so hecho cristiano, nosotros que leemos la historia de este cambiamiento, por qué medio se hizo, en qué modo se estableció la fe, se ha conservado y ha llegado á nosotros? no lo ha predicho todo el Salvador? no ha sucedido todo, no existe tod o como él lo predijo? Sedis por siempre bendito, ¡oh Salvador mío! por habernos dado una religion tan sublime y por habérnosla hecho al mismo tiempo tan creible¹

Segundo. *De la potestad del demonio sobre Jesucristo.* "No hablaré ya mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo y no tiene que hacer nada conmigo...."; Ah! por qué, pues, ¡oh Señor! ejercerá el sobre vos un poder tan tiránico y tan cruel? ¡Ah! es que vos lo queréis, porque vos lo dais la potestad, porque nuestro amor y el deseo de recatarnos os da á la discrecion de su furor y de la rabia de todos aquellos que él armará contra vos. Venid, pues, ministros y diputados de Satanás, venid, vuestra víctima está pronta y Jesús os espera; pero dándose en poder de vuestro furor, sabrá todavía triunfar aun después de haber exhalado el último espíritu debajo de vuestros golpes.

Tercero. *Del deseo y voluntad que Jesucristo tiene de morir.* "Y para que el mundo conozca que amo al Padre y que como el Padre me ha ordenado así hago. Levantao y partamos de aquí...." Dios ha querido que su justicia quedase satisfecha. No pudiendo los hombres satisfacerle, les ha dado él su Hijo, y ha dado un precepto á este su Hijo amado de morir por nosotros si quería rescatarnos, y el Hijo ha aceptado la muerte para salvarnos y mostrar en esto á su Padre su obediencia y su amor. He aquí lo que deben saber los hombres, lo que se les debe anunciar, lo que debe santificarlos y llenarlos de amor y de reconocimiento. He aquí por otra parte lo que debemos imitar: mostrar á Dios nuestro amor, siguiendo las órdenes que él nos ha dado, aun cuando sean severas. ¿Se trata de nuestra fortuna, de un placer nuestro, de nuestra gloria, de nuestra vida misma? A esta palabra de mandamiento de Dios, de voluntad de Dios, de gusto de Dios, todo debe ceder. Debemos decir á todas las facultades de nuestra alma y á todas las fuerzas de nuestro cuerpo como el Salvador á sus discípulos: *Alzaos, partamos de aquí....* Vamos, salgamos de este lugar sospechoso, de esta ocasion peligrosa, de aquella pereza, del estado de reposo y de indolencia; *partamos*, corramos donde el orden que Dios nos ha dado, donde el precepto que Dios nos ha hecho, donde su santa voluntad y la obediencia nos llaman.

PETICION Y COLOQUIO.

Haoced, ¡oh Dios mío! que de mi prontitud, de

1 Psaim. XCIII, v. 3.

mi exactitud, de mi ejemplaridad, de mi fervor, se conozca que os amo: haoced que de esto sea edificado el prójimo y que yo mismo sea fortificado en el amor de vuestro santo servicio. Amen.

MEDITACION CCXCI

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XV, v. 1, 8.

DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS SE COMPARA A LA CEPA DE LA VID.

Primero, de la operacion de Dios sobre los sarmientos de la vid; segundo, de la necesidad que hay de que los sarmientos estén unidos á la cepa; tercero, de la suerte de los sarmientos.

PUNTO I.

DE LA OPERACION DE DIOS SOBRE LOS SARMIENTOS DE LA VID.

Es creible que el Salvador luego que hubo pronunciado las últimas palabras, se levantase de la mesa y saliese con sus apóstoles; y que estando estos en pie al redor de él, hiciese antes de salir de la casa el discurso y la oracion que refiere san Juan en los tres capítulos, á que damos principio. Unámonos á estos santos discípulos, escuchemos con respeto las últimas instrucciones de nuestro divino Maestro, y pidámonos le la gracia de comprenderlas y de aprovecharnos de ellas.... "Yo soy la verdadera vid, mi Padre es el labrador...." Jesús es la verdadera vid, aquella vid por excelencia, que ha producido aquel vino delicioso que ha lavado y santificado al mundo, que nos fortifica en la Eucaristía y que es la delicia de los santos en el cielo y les confiere la bienaventurada inmortalidad. Dios es el labrador que se encarga de la cultura de esta vid. Jesús en su humanidad se ha abandonado enteramente en las manos de su Padre y á la cultura de este divino labrador. Ha pasado por todas las pruebas á que lo ha conducido la Providencia, y en todo lo que ha dicho ó hecho se ha conformado enteramente con su divino querer. He aquí nuestro modelo; escuchemos ahora á nuestro maestro y aprendamos las operaciones del labrador celestial.

Primero. *Sobre los sarmientos estériles.* "Todo sarmiento que en mí no lleve fruto, lo quitará...." Judas es en este mismo tiempo un ter-

rible ejemplo: fugitivo de la compañía de Jesús, excluido del cuerpo apóstolico, separado de la Iglesia, una muerte funesta, seguida de una eterna reprobacion, está para poner el colmo á su desgraciada suerte. Nosotros por el bautismo estamos en Jesucristo; estamos en él por un modo particular y distinguido por el sacramento del Orden, por los votos de la religion, por cualquier estado de santidad que podamos haber abrazado. Si no cumplimos nuestras obligaciones, Dios el Padre nos separará de su Hijo, ó permitiendo que enigamos en la herejía, en el esisma, en la apostasia, en la irreligion, en los desórdenes del siglo, en la dureza del corazon, ó quitándonos de este mundo y privándonos de una vida de que continuamente abusamos. Este es un castigo que Dios ejercita cada dia delante de nuestros ojos, sobre que no hacemos reflexion y que debia ciertamente llenarnos de un saludable temor. ¡Ay de mí! ¡oh Dios mío! cuántas veces he merecido yo que usáseis esta severidad conmigo! Si me habeis perdonado hasta ahora, es un exceso de vuestra misericordia, de que ya no abusaré jamás.

Segundo. *Sobre los sarmientos fértiles.* "Y todo aquel que diere fruto, lo limpiaré para que dé mas fruto...." Dios tiene cuidado de purgar y podar los sarmientos fértiles con golpes de una providencia severa, pero benéfica; tales son las cruces, las aflicciones, las persecuciones, las desgracias, la pérdida de los bienes, el trastorno de los proyectos de fortuna ó de ambicion, la privacion de las comodidades de la vida, y aun de las dulzuras espirituales; tales son tambien las enfermedades, una sanidad débil, la separacion de las personas amadas y aun útiles, y tantos otros medios de que la Providencia se sirve para purificar nuestro corazon, para despegarnos de las criaturas, para hacernos llevar frutos de virtud, mas puros y mas abundantes. Cobremos el hábito de mirar bajo de este punto de vista las diferentes desgracias de la vida. Reconozcamos que en muchas ocasiones obra Dios de esta manera con nosotros para nuestro provecho. Sea nuestro cuidado el darle gracias y abandonarnos á los cuidados de su divina providencia.... Cortad, ¡oh Dios mío! cortad, quitad, alejad de mí todo cuanto podria poner obstaculo á mi perfeccion ó impedirme llevar aquellos frutos que vos queréis que lleve.... Dios limpia tambien y poda tambien los sarmientos fértiles, con la sanidad de su palabra.... "Vosotros ya estais limpios en virtud de la palabra que os he anunciado." No habian sido á la verdad accidentes imprevistos ó desgracias temporales las que habian apartado á los apóstoles del siglo para unirse y seguir á Jesucristo; fué si la santa palabra que les habia anunciado, la fe que tenían en él y en sus divinas promesas.... Nosotros tenemos esta santa palabra; ¡ah! si la meditásemos bien, si la practicásemos, ¡cuántas cosas nocivas y super-

fluas habria ella purgado en nosotros!.... Esta palabra nos manda el amor de Dios y el amor del prójimo, la pureza, la dulzura, la humildad, la paciencia, la mortificacion de nuestros sentidos y de nuestras pasiones, el recogimiento, la oracion, la rectitud de intencion, la union con Dios. ¿Qué progresos hemos hecho nosotros en estas virtudes? Lo que nos ha impedido el hacerlos, es precisamente lo que la palabra de Dios debe cortar en nosotros, si queremos tener parte en el elogio de los apóstoles, si queremos que nuestro Salvador y nuestro Juez nos declare puros y no culpados y dignos de castigo.

PUNTO II.

DE LA NECESIDAD QUE HAY DE QUE LOS SARMIENTOS ESTÉN UNIDOS Á LA CEPA.

Primero. *Sin esta union no puede llevar fruto.* "Manteneos en mí y yo en vosotros. Asi como el sarmiento no puede por sí mismo dar fruto si no se mantiene en la vid, así tampoco vosotros si no os manteneis en mí...." Estemos con Jesucristo y obtengamos de él que more en nosotros, conservando nuestro corazon en la fe, en la gracia y en el recogimiento. El que ha perdido la fe de la Iglesia, en vano presume de sus buenas obras; separado de Jesucristo, es imposible que lleve fruto alguno de una bondad sobrenatural y digna de Dios. Todo lo que él hace va siempre viciado del estado de indocilidad, de orgullo y de rebelion en que persevera. El pecador que tiene la fe sin tener la gracia, tampoco puede hacer cosa que sea meritoria para la vida eterna. Todo el tiempo que pasa en esta funesta separacion, es un tiempo perdido para el cielo. No queda que hacer á los unos y á los otros, sino volver prontamente á Jesucristo y mantenerse constantemente unidos á él, con los vinculos de la fe y de la gracia.... A esta union esencial y de que aquí habla Jesucristo, añádmole la union que se tiene con Jesucristo por medio del recogimiento interno. ¡Oh! qué pocos frutos lleva una alma dispada en comparacion de una alma unida á Dios por el recogimiento! ¡cuántas buenas y santas obras, al considerar solo el externo, se hallan viciadas por defecto de intencion, de diligencia, de atencion, de exactitud, frutos infelices de la dispacion habitual en que se vive!

Segundo. *Por medio de esta union llevan mucho fruto.* "Yo soy la vid; vosotros los sarmientos: el que se mantiene en mí y yo en él, este lleva gran fruto, porque sin mí nada podeis hacer...." ¡Oh union admirable, union divina de los cristianos con Jesucristo! Hacen con él un solo y un mismo cuerpo, una sola y una misma vid. Jesús es la cepa, nosotros somos los sar-

mientos. De esta cepa divina se difunde la gracia como un jugo exquisito y se esparea en nosotros, nos sirve de nutrimento, causa nuestro aumento y nuestra fertilidad. Sin la gracia de Jesucristo, nosotros nada podemos, nada es todo cuanto hacemos; pero estando unidos á él y obrando por su gracia, ¡qué abundancia de frutos no han llevado los apóstoles, los mártires, los santos, los cristianos fervorosos! Todos sus pasos, todas sus palabras, todas sus acciones, todos sus sufrimientos han sido delante de Dios frutos deliciosos conservados para la vida eterna. ¿Quién impide que nosotros también llevemos frutos en abundancia? Moremos en Jesucristo por medio de la fe, de la caridad y de la oración, y Jesucristo morará en nosotros y nos hará llevar los mismos frutos que han llevado los santos

PUNTO III.

DE LA SUERTE DE LOS SARMIENTOS.

Primero. *De los sarmientos que se separan de la cepa.* "El que no permaneciere en mí será arrojado fuera... se secará y lo cogerán, y lo echarán en el fuego y arderá..." Consideremos bien todas estas palabras, observemos todos los grados por los que se baja al abismo, y veamos si nosotros no tenemos ya acaso un pie en el precipicio. Primero. *Será arrojado fuera.* ¿No hemos incurrido nosotros en las censuras de la Iglesia por lecciones de libros prohibidos ó por discursos temerarios? ¿no hemos profanado ó abandonado el estado á que Dios nos ha llamado? ¿no hemos perdido su gusto y su espíritu? ¿no nos apartamos por ventura de los sacramentos, de la oración, de los oficios divinos, de la compañía de las personas buenas y fervorosas y de los verdaderos católicos, por hacer liga con los pecadores, con los que no aman ni la virtud, ni la piedad, ni la Iglesia? Y he aquí arrojados fuera. Segundo. *Se secará.* ¿Qué cosa es aquella habitual indevocon en que vivís, aquella insensibilidad á las cosas de Dios, aquel estado de disipación continua? ¿no es el sarmiento que se seca? Tercero. *Lo cogerán.* He aquí la muerte á quien nada se escapa, que lo recogerá todo, que destruye los cuerpos; pero que presenta las almas á su Criador, sin que alguna pueda ó peccar ó echarse fuera de su justicia. Cuarto. *Lo echarán en el fuego.* He aquí el juicio que se pronunciará y se ejecutará contra los sarmientos separados, estériles y secos. Quinto. *Arderá.* He aquí la suerte para la eternidad. ¡Oh y de qué peso son todas estas verdades!

Segundo. *De los sarmientos que estarán unidos á la cepa.* "Si os mantuviéreis en mí y guardáreis mis palabras, cualquiera cosa que quisieris la pediréis y se os concederá. En esto es

glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y seáis mis discípulos..." El que está unido á Jesucristo observa su ley é imita sus ejemplos. Primero. Tiene derecho para pedir todo cuanto querrá para su santificación, y está seguro de obtenerlo y aun de obtener alguna otra cosa más útil que la que pide; con que la culpa es nuestra y es una culpa bien grande, si hemos adelantado tan poco en la perfección? ¡Ay de mí!... nosotros no comprendemos todo el valor de esta promesa. Segundo. Glorifica á Dios. Aquel Dios que ve con desprecio y aun reprueba todas las pompas del mundo y los hechos esclarecidos que el mundo admira, este gran Dios se glorifica en un alma sencilla unida á Jesucristo, halla su gloria en las virtudes oscuras de esta alma fiel y en las más mínimas acciones que ella hace por él. ¡Qué noble motivo para animarnos! Tercero. Se enriquece á sí mismo. El fruto que él lleva por la gloria de Dios, hace también su riqueza y su mérito. He aquí por qué debe pedir con ardor y está seguro de obtener, porque todo lo que obtiene sirva para la gloria de Dios que se lo concede. ¡Oh comercio divino! ¡oh ración admirable de nuestra felicidad con la gloria de Dios! Cuarto. Honra á Jesucristo. Lo honra delante de los hombres, mostrándose su discípulo con los hechos; lo honra en sí mismo, porque solo con la union que tiene con él, lleva fruto, y porque pide solo por su espíritu y obtiene solo por sus méritos. Quinto. Reinará con Jesucristo. ¿Dónde debe ir á parar una vida tan santa, tan abundante de virtudes, tan unida con Dios? Jesucristo mismo nos lo ha dicho. "Donde estoy yo, allí estará también el que me sirve." Confrontemos ahora estas dos vidas, la vida de los que se separan de Jesucristo y la de los que se mantienen unidos á él, y confrontemos también la suerte eterna de los unos y de los otros.

PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios! ¿es posible que tantas almas hagan una elección tan mala? ¿cómo, pues, la he hecho yo? ¡Ah! vuelvo á vos, ¡oh Jesús! á vos me uno; concededme la gracia de que no me separe jamás. Amen.



1. San Juan, c. XII, v. 26.

MEDITACION CCXCH.

SERMON DE LA CENA.

San Juan, cap. XV, v. 9, 17.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á LOS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

Primero, del amor que Jesucristo nos tiene; segundo, de la caridad fraterna; tercero, de la dignidad de los cristianos.

PUNTO I.

DEL AMOR QUE JESUCRISTO NOS TIENE.

Primero. *De la naturaleza de este amor.* "Como el Padre me amó, así yo os he amado." Dios es todo caridad, amor, y la religion cristiana es también caridad y amor en Dios. He aquí el orden de esta caridad infinita de Dios infinito y amado. Su humanidad estando unida al Verbo en unidad de personas, es el solo objeto digno por esta union del amor infinito de Dios. Jesucristo de su parte siendo hombre como nosotros, nos ama con el mismo amor con que á él lo ama su Padre, y nos comunica, por decirlo así, este amor infinito. Nos ama por la misma razon por la que él es amado; esto es, por razon de la union que nosotros tenemos con él, como él es amado por razon de su union con la divinidad; nos ama por el mismo fin porque él es amado; esto es, por la gloria de Dios y por procurarnos una gloria eterna. Nos ama con las mismas condiciones con que él es amado, y estas condiciones son que nosotros lo amemos y que amemos á su Padre como él mismo lo ha amado. ¡Qué bello plan de religion! No lo han inventado de ciertos hombres; ¡el es efecto de la caridad infinita de Dios! ¡Qué felicidad ser cristianos, conocer estas sublimes y efectuosas verdades y estar en el amor de Jesucristo, en el amor de Dios! Alégrate, pues, alma mía, y no quieras ya gozar placer alguno sobre la tierra; te basta gozar del amor de tu Dios.

Segundo. *De la conservacion de este amor.* Primero. Esta conservacion es importante.... "Manteneos en mi caridad..." Manteneos en la posesion de mi amor y de mis gracias. En este amor tenemos nosotros todos los bienes del tiempo y de la eternidad, estamos libres de todos los males y seguros de todo temor. Sin este amor estamos en poder de todos nuestros enemigos, nuestro corazon está arrastrado, nuestra alma envilecida, nos rodean los peligros de la muerte y el infierno espera solo la hora de nuestro tránsito para tragarnos. Segundo. Ella es

difícil.... pide cuidado grande y atencion. No basta haber vuelto á entrar en gracia de Dios por la penitencia, conviene continuar en ella y mantenernos.... es fácil empezar, pero es difícil perseverar.... El demonio, la carne, el mundo, nos solicitan continuamente para apartarnos de este temor; pero con todo eso, es necesario perseverar en él hasta la muerte. Traigamos, pues, frecuentemente á la memoria y principalmente en el tiempo de la tentacion, esta palabra de nuestro Salvador.... "Manteneos en mi caridad...." Y fortificados con este dulce convite resistamos valerosamente á todo. Ella depende de la observancia de la ley de Dios. "Si observáreis mis mandamientos, os mantendréis en mi amor, así como yo también he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor." Este es medio seguro, nos lo da Jesucristo mismo. No es así con los grandes de la tierra. La injusticia, el capricho, la cabala, nos hacen muchas veces perder su favor en el tiempo mismo que nos aplicamos á ejecutar más exacta y puntualmente su voluntad y su querer. Medio único. En vano nos consumiremos en ayunos, en penitencias, en oraciones, en el celo, en los trabajos por la salvacion de las almas; todo es inútil; si no observamos la ley de Dios, caeremos de su gracia y de su amor. ¡Ah! no nos engañemos, á esto deben enderezarse todas nuestras acciones. Medio dulcísimo, principalmente después que Jesucristo nos ha dado el ejemplo. ¿Y qué cosa puede haber más racional y más justa que el observar los mandamientos que nuestro Criador nos ha dado y nos ha renovado nuestro Salvador? ¿Qué cosa puede ser más dulce que observarlos a ejemplo de nuestro Salvador, que él mismo ha observado con tanta exactitud y con tan grande costa los mandamientos de su Padre, y que por eso se ha mantenido en su amor? ¡Ah! ¡qué vergüenza, qué pecado para nosotros, si á este precio no seguimos un tan grande ejemplo!

Tercero. *Del fruto de este amor.* "Estas cosas os he dicho para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo..." ¿Y quién no se colmaría de gozo oyendo decir á Jesucristo que él nos ama como su Padre lo ha amado? ¿Pero primero, cómo está en nosotros el gozo de Jesucristo? El gozo de Jesucristo está de dos maneras en un alma que es fiel en observar su ley.

Primeramente el gozo se halla en ella, en cuanto que esta alma no tiene otro gozo si no es en Jesucristo, que es el solo objeto de su amor; en cuanto que no siente otro placer que el que siente Jesucristo. Ello se alegra con él de sus grandezas y de todos sus misterios, de su misma muerte y de su cruz, por la gloria que de todo esto le ha resultado. Se alegra de procurar la gloria de Dios, la salvacion de las almas, el aumento y exaltacion de la santa Iglesia. Se alegra

gra de tener alguna parte en los sufrimientos de Jesucristo y en las buenas obras que se hacen por su gloria. En segundo lugar, el gozo de Jesucristo está en esta alma en cuanto que Jesucristo se complace en ella, se gloria de su amor y de su fidelidad en servirlo, en cuanto que tiene con ella sus delicias y pone su complacencia en iluminarla, en purgaria, en adelantarla y en purificarla. ¡Oh qué gran dicha! ¿Y por qué no me hago yo digno de ella por medio de una práctica fiel de la ley de Dios?

Segundo. ¿En qué modo puede ser cumplido nuestro gozo? Lo es primeramente en esta vida. El gozo de una alma que sirve a Dios con fidelidad, es cumplido y perfecto, y se perfecciona cada día, porque viene de Dios, porque está en el fondo de nuestra alma, porque llena toda su capacidad, porque no deja en ella algún vacío ó alguna entrada á cualquiera otra cosa que la pueda turbar; porque está independiente de todos los accidentes humanos, porque todo lo nutre, todo lo mantiene, todo lo aumenta. La penitencia, las lágrimas, las cruces, las tribulaciones son su alimento. En segundo lugar, en la otra vida. Allí el gozo de una alma fiel será lleno, perfecto y cumplido con Jesús en Dios; ¡Ah! Señor, será verdad que mi corazón se esté siempre insensible á tan grandes objetos! ¡Qué diferencia entre este gozo santo, sólido y eterno, y los gozos de la carne y del mundo! Estos están siempre llenos de tumulto, de temores, de inquietudes, de remordimientos, de sospechas, de contradicciones, de traiciones, de disgustos y de desesperación en esta vida, y después se les sigue un suplicio eterno en la otra. Muy mal entienden su interés propio los que se apartan de Jesucristo, los que temen dedicarse á él y consagrarse á su amor. Dios quiere que yo tenga este gozo; por esto justamente ha dicho todas estas cosas. Seré yo, pues, tan ciego que lo deseche y no lo quiera?

PUNTO II.

DE LA CARIDAD FRATERNAL.

Primero. *De la naturaleza de este amor.* "Mi mandamiento es este: que os améis los unos á los otros como yo os he amado..." Continuemos aquí el órden y enlace de la caridad de Dios... Dios ama á su Hijo nuestro Señor Jesucristo; de su parte Jesucristo nos ama como su Padre lo ha amado á él. Aquí no se para la caridad de Dios; ella anima todos los miembros de Jesucristo, y como de Jesucristo ha pasado á nosotros, así de cada uno de nosotros debe pasar á nuestro prójimo, á nuestros hermanos, y de nuestros hermanos volver á nosotros para hacer de todos nosotros un solo y un mismo amor en Dios por Je-

sucristo. La caridad, pues, con que nos amamos mutuamente los unos á los otros y que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, es la misma caridad por la que Dios ama á Jesucristo y por la que Jesucristo nos ama á nosotros; por la que nosotros amamos á Jesucristo y amamos á Dios. No es, pues, cosa sorprendente que Jesucristo llame precepto suyo el precepto de la caridad fraterna, pues es este el nudo y el canal de esta divina caridad, y es su premio y excelente modelo. De aquí podemos comprender la necesidad intrínseca de la caridad fraterna, pues el que no la tiene, tampoco tiene en sí la caridad de Jesucristo ni la caridad de Dios. Comprendamos el motivo y el fin de esta caridad; que son los mismos que los de la caridad de Jesucristo para con nosotros. Esto es, la unión que tienen los hombres ó que pueden tener con Jesucristo y por él con Dios, la gloria y la voluntad de Dios y la salud eterna de nuestro prójimo. Finalmente, comprendamos la excelencia de esta virtud, porque no es diferente de la caridad que nos hace amar á Dios, ella es su cumplimiento necesario, y de todas las virtudes ella sola debe subsistir en el cielo. Alla reunirá todos los bienaventurados con Jesucristo en Dios, y será su eterna felicidad después de haber hecho su mérito sobre la tierra.

Segundo. *De los afectos de este amor.* "Ninguno tiene mayor caridad que esta del que da su vida por sus amigos..." Por los que ama. He aquí el último esfuerzo de la caridad y el mas alto punto á que pueda subir. Hasta allí ha subido la caridad de Jesucristo, muerto en cruz por nosotros; hasta allí la de los apóstoles y de los mártires que han dado su vida por conservar y enviar hasta nosotros el depósito de la fe; desde allí llega aun hasta nosotros, y entre nosotros la caridad de los sucesores de los apóstoles, de los pastores de las almas, de sus coadjutores en el sagrado ministerio, de tantas personas del uno y del otro sexo, que cada uno según su estado, sacrifican sus bienes y sus placeres, su reposo, su sanidad y su vida al alivio de los pobres, de los enfermos, de los agonizantes; al rescate de los cautivos, á la instrucción de la juventud y á la conversión de los pecadores, de los herejes, de los infieles. He aquí el espectáculo de caridad que ha presentado la Iglesia en todos los siglos, y presentará hasta el fin del mundo, á ejemplo y sobre las pisadas de su divino Esposo. Si nuestra vocación nos llama á estos santos ejercicios, alegrémonos; hagamos en ella todos nuestros esfuerzos, animémoslos con nuevo ardor, y guardémoslos de perder el mérito de un tan grande sacrificio, faltando á la caridad en cosas menos considerables, que no son menos importantes ni menos recomendadas. Si nuestra vocación no nos llama á cosas tan grandes para el prójimo, comprendamos á lo menos la necesidad en que estamos de observar la caridad en todas las oc-

ciones en que podamos, según nuestro estado, y que son para nosotros indispensables. ¡Ah! ¡qué vergüenza si faltásemos en esto! ¿Con qué justicia nos desecharía Jesucristo, como indignos de él y quebrantadores del grande precepto que él mismo nos ha recomendado tan expresamente?

Tercero. *De la recompensa de este amor.* "Vosotros sois mis amigos, si hiciéreis las cosas que yo os mando..." Si observais el precepto que os he dado de amaros los unos á los otros como yo os he amado á vosotros. ¡Sir amigo de Jesús! ¿quién será el que no desee un tal favor? ¿queremos conservarlo? Consideremos con qué condiciones se nos ofrece, observemos el precepto de la caridad, amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos. A este precio somos amigos de Jesucristo; pero sin esto no esperemos alguna parte en su amistad. Examinémosnos, pues, sobre este plan, regulemos nuestros juicios y nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras acciones; todo en esta materia es de la mayor importancia. ¡Ah! bienaventurado el que tiene el corazón lleno de caridad, que vela incesantemente por no ofenderla en nada, y que todos los días trabaja con su dulzura y con sus buenos oficios para aumentar en sí la caridad! Pidámos á Jesucristo esta divina virtud para poder entrar en el número de sus amigos.

PUNTO III.

DE LA DIGNIDAD DE LOS CRISTIANOS.

Primero. *Por la revelación.* "No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque os he hecho saber todas las cosas que he entendido de mi Padre..." La revelación que Dios hizo á los primeros hombres y que hizo después á los judíos por sus profetas, era solo un breve vislumbre, un crepusculo que empieza á nacer. Apareció después Juan como aurora que anunciaba el próximo nacimiento del sol; pero la revelación que Jesucristo ha hecho á su Iglesia, es un día lucidísimo, en que todos los secretos de la naturaleza divina, todos los designios de Dios, sus caminos, tanto por lo que mira al tiempo como por lo que mira á la eternidad, tanto sobre los buenos como sobre los malos, todos los misterios de su Hijo y del Espíritu Santo, todo está expuesto claramente á los ojos de nuestra fe. Jesús, pues, nos trata como amigos, y á nosotros toca entrar en su mas íntima confianza, meditando y aplicándonos los divinos misterios que él nos ha revelado. Pero si nosotros los despreciamos, si no tenemos cuidado de instruirnos de ellos y solo pensamos en ellos acaso y superficialmente, dignéramos por ventura que un tal desprecio nos puede hacer caer de esta gloriosa calidad de ami-

gos, y nos expone á todos los castigos destinados á los enemigos del Salvador?

Segundo. *Por la elección.* "No me elegisteis vosotros á mí, sino yo os he elegido á vosotros, y os he destinado para que rayais y lleveis fruto, y que nuestro fruto sea duradero; para que cualquiera cosa que pidais en mi nombre á mi Padre, os lo conceda..." Jesucristo ha elegido sus apóstoles, y todos sus apóstoles, á excepción del traidor Judas, han cumplido las obligaciones de su elección, han ido, han recorrido el universo, han hecho fruto, han convertido las naciones, su fruto dura, han fundado la Iglesia que subsiste, todo lo que ha pedido á Dios en nombre de Jesucristo se les ha concedido, hasta los mas estrepitosos milagros. Después de los apóstoles han sido elegidos otros para sucederles, para continuar su obra, para conservar la Iglesia y extenderla siempre mas.

Esto es lo que se hace aun en nuestros días, y se hará también hasta el fin de los siglos, y este fruto de la elección de Jesucristo subsistirá eternamente en la Iglesia triunfante. Después de haber admirado la ejecución del todo divina de estas palabras del Salvador y después de haberle dado por ella las gracias, hagamos su aplicación. Si yo estoy en la Iglesia, solo en el número de los simples fieles, esto no impide que pueda decir: No soy yo el que he elegido á Jesucristo, es él el que, por un favor especial, me ha elegido á mí, para darme la verdadera fe, de que tantos otros están privados; si me ha ensalzado á cualquier grado superior, si me ha sacado del mundo y consagrado especialmente á su servicio, él es el que me ha elegido. Mi reconocimiento y mi humildad deben crecer á proporción de sus beneficios. ¡Ay de mí! Veo muy bien, ¡oh Señor! el insigne favor de mi elección, pero no veo los frutos de ella. He estado, he trabajado, me he empleado en el mundo. ¿Pero dónde están los frutos, las virtudes, los méritos, aquellos frutos que deben durar en la bienaventurada eternidad? ¿No he llevado yo, al contrario, como Judas, en la santidad de mi estado, frutos de reprobación, de traición, de pecado y de escándalo? ¡Ah! si así es, la culpa es mia, me puedo lamentar solo de mí, porque si yo era por mí mismo débil y flaco, podía pidiéndolo obtenerlo todo.

Tercero. *Por la caridad.* "Esto os mando, que os améis los unos á los otros..." ¿Qué religión es, pues, la religión cristiana, en que todas las leyes se reducen á la caridad? ¿Podremos nosotros exousarnos de observar una ley tan dulce y tan llena de amor?

El Salvador nos ha dado también ahora dos nuevos motivos de practicar esta excelente virtud, esto es, la revelación que nos ha hecho de sus misterios y la elección que ha hecho de nosotros para revelárnoslos. Sería posible que no nos amásemos nosotros, escogidos por un santo divino Maestro para conocer las mismas verdades,

para profesar la misma fe, para participar de los mismos sacramentos, para estar unidos bajo la autoridad de una misma cabeza, y finalmente, destinados á reinar eternamente juntos: ¿podremos nosotros no amarnos? A la medida que nuestra eleccion es mas particular y nuestra union mas estrecha, debe ser tambien mas grande nuestro amor y mas ardiente. El que no ama sus hermanos, dice el apóstol de la caridad, está en estado de muerte. San Juan habla aquí de los simples fieles, y con mas razon se debe entender de los sacerdotes, de los religiosos, de los pastores, de los apóstoles. El precepto de amarse entre sí, lo enderezo Jesucristo inmediatamente á los apóstoles para que lo anunciásem á todos los fieles, y la caridad reúne todos los miembros entre sí y los reúne á su cabeza.

PETICION Y COLOGUO.

Concededme, oh Jesús! esta preciosa caridad, nada pueda apagarla ni disminuirla en mi corazón. Haced que nuestro amor more en mí y yo more en vuestro amor. Concededme el socorro de vuestra gracia; con ella me esforzaré, según el aviso de la cabeza de vuestros apóstoles, á hacer cierta, firme, constante y eterna mi eleccion, por medio de mis obras. Santos apóstoles, que tan fielmente habeis correspondido á vuestra eleccion, esforzad y dad valor á mi súplica con vuestra poderosa intercesion. Amen.

MEDITACION CCXCIII.

DEL SERMON DE LA CENA.

San Juan, cap. XV, v. 18, 27.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

DEL ODIQ QUE TIENE EL MUNDO A LOS BUENOS.

Primero, este odio contra las personas buenas es un motivo de consolacion; segundo, es para el mundo un motivo de condenacion; tercero, es para la Iglesia un motivo de triunfo.

PUNTO I.

ESTE ODIQ ES PARA LOS BUENOS UN MOTIVO DE CONSOLACION.

Primero. *Porque los hace semejantes á Jesucristo.* "Si el mundo es aborrece, sabed que an-

1 S. Ped., Ep. II, c. I, v. 16.

tes que á vosotros me ha aborrecido á mí...." ¿Quién no encontrará su consolacion en esta afortunada semejanza? ¿y qué? ¿querer ser amado de un mundo que ha aborrecido á Jesucristo? ¡Ah! aborrecáame este mundo, desencadenese contra mí; yo haré mi gloria de sus desprecios, de su odio, de su furor; me irá á los pies de mi Salvador no solo para consolarme, sino tambien para alegrarme y hacer fiesta de esta diá. ¿Y por qué no puedo, oh Jesús! ser del todo semejante á vos? ¿por qué no puedo como vos sufrir y morir? ¡Ah! aceptad á lo menos esta pequeña señal de semejanza que me une á vos, y de que hago mas aprecio que de todos los favores de que podría colmarme el mundo.

Segundo. *Porque es para ellos una prenda del amor de Jesucristo.* "Si fuésemos del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he elegido del mundo, por esto el mundo os aborrece...." Consolados, pues, vosotros, que sois el objeto de las mofas, de las burlas, de las calumnias, del odio y de la persecucion del mundo; invente tambien el mundo pretextos para cubrir la vergüenza y la injusticia de su odio; tráednos tambien de hipócritas, de ambiciosos, de turbulentos, de insoportables; Jesucristo conoce abiertamente el origen y la causa de donde nace este odio. Si vosotros fuésemos del mundo, si tomárais partido en sus placeres, en sus diversiones, si viése en vosotros el mundo sus faquezas y sus delitos, si fuesen libertinas como las suyas vuestras costumbres, si sazónárais vuestros discursos con la maledicencia, con sátiras, con motes equívocos, con historias lascivas, con términos que huelen á impiedad y á la irreligion, vosotros seriais amables á sus ojos y él enmudeceria tratándose de vuestras alabanzas. Pero porque Jesucristo os ha elegido por su gracia y os ha separado de este mundo perverso, porque en vez de hallaros en las juntas, en las fiestas del mundo, os ven ir á las juntas de la oracion, os ven frecuentar las iglesias, oír la palabra de Dios, purificar con frecuencia vuestra conciencia y alimentaros del Sacramento del altar, porque en todas las partes donde compareceis os mostrais con aire de modestia y de compostura, que pone en sujecion al libertinaje, que contiene la murmuracion y la maledicencia, que reprime la impiedad y refrena la licencia; por esto el mundo os aborrece: alegras, pues, porque esta es una prueba de que Jesucristo os ama y que vosotros sois suyos.

Tercero. *Porque los contiene en la humildad de Jesucristo.* "Acordaos de mi palabra, que os dije: no es el siervo mayor que su señor; si me han perseguido á mí, os perseguirán tambien á vosotros; si han observado mi palabra, observarán tambien la vuestra...." Escucharán vuestras palabras como han escuchado las mías. Pero no penseis encontrar en sus corazones mas rectitud ni en sus espiritus mas docilidad que la

que he encontrado yo.... ¿Discípulos de un Dios aborrecido, calumniado y perseguido, querremos ser amados, alabados y favorablemente acogidos de todo el mundo? ¡Ah! si así fuese, ¿qué vendría á ser de la humildad? ¿qué vendría á ser de la virtud? ¿Cuántos han sido ganados de las caricias del mundo y pervertidos! El odio del mundo es un reparo, que separándonos de él nos preserva de sus vicios: guardémosnos de romper este muro ó de quitar este reparo; antes fortifiquémoslo con una conducta siempre regular, firme y constante. Mientras que el mundo os aborrece, los buenos os aman, admiran vuestra conciencia, procuran unirse á vosotros, tienen confianza de vuestra virtud y os estiman felices y favorecidos de Dios. Tened, pues, siempre delante de los ojos la máxima del Salvador: aprovechaos del odio del mundo para humillaros, para unirlos á Jesucristo, para vivir observantes de la ley divina, como Jesucristo de la de su Padre, para manteneros siempre circunspectos, para purificaros y santificaros siempre mas

PUNTO II.

ESTE ODIQ ES PARA EL MUNDO UN MOTIVO DE CONDENACION.

Primero. *Porque hace ver que el mundo ignora á Dios y á la religion.* "Pero todas estas cosas las harán á vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado...." He aquí la primera causa del odio del mundo contra los buenos. El mundo no conoce á Dios, no conoce la mision de Jesucristo ni la de los apóstoles y de sus sucesores; vive sin Dios y sin religion. ¿Pero es acaso excusable este mundo en su ignorancia? No, mucho menos aun que el mundo del tiempo de los judíos, que fué el primero que aborreció á Jesucristo y á sus discípulos.... Si no hubiese venido ni le hubiese hablado, no tendrían culpa; pero ahora no tienen por donde excusar su pecado.... ¿Qué excusa, pues, pueden tener los cristianos criados en el seno de la Iglesia, y que por no conocer ni la divinidad del cristianismo ni la autoridad de la Iglesia, aborrecen, ultrajan y persiguen á los pastores y á los que á ellos están subordinados y sujetos?

Segundo. *Porque procede del odio que el mundo tiene contra Dios mismo.* "El que me aborrece aborrece tambien á mi Padre; si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro hizo, estarían sin culpa; pero ahora y los han visto y me han aborrecido á mí y á mi Padre...." ¡Odio diabólico, odio infernal! Se resentirán tal vez los mundanos á estas palabras del Salvador; pero el Señor conoce mejor que ellos mismos el fondo de su corazón. De hecho, estando proba-

da la divinidad de Jesucristo, de su religion y de su Iglesia con toda la evidencia, ¿de dónde puede proceder este furor y este odio contra la religion, contra la Iglesia y contra la piedad? ¡Ah!.... un corazón que ama á Dios piensa bien diversamente. La religion cristiana, la gloria de la Iglesia, la piedad, el fervor de los cristianos, es para él un espectáculo que lo encanta y lo arrebató de admiracion. ¿De dónde proviene, pues? Lo diré aun otra vez: ¿de dónde vienen aquellas proposiciones impías contra la religion, aquellas invectivas, aquellas calumnias contra la Iglesia y contra los que la defienden, aquellos motes amargos contra ellos y contra los que observan la ley y hacen promesas de una ejemplaridad y de una piedad cristiana? ¡Ah! todo esto procede de un corazón que aborrece á Dios, que siente verlo honrado, servido y obedecido, que querría apartar de él todos los corazones y abolir sobre la tierra su reino y el de su Cristo. Estos sentimientos nos hacen temblar sin duda; pero no son tan raros como podríamos creerlo: guardémosnos que no participe de ellos nuestro corazón; por esto tomemos en todas las ocasiones la defensa de la religion, de la Iglesia y de la virtud.

Tercero. *Porque es contrario á las primeras reglas de la equidad natural.* "Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: me aborrecieron sin motivo...." Desventurados judíos en quienes se ha cumplido esta palabra! ¡mundo desventurado en que cada día aun se está cumpliendo! ¿Qué te han hecho aquellas personas inocentes á quienes tú muerdes con tanta crueldad? Ellas te aman y no te desean sino tu bien. ¿Qué te han hecho aquellos pastores, aquellos hombres apóstólicos contra quienes tú te desencadenas? Están todos consagrados para tí y están dispuestos á servirte en la vida y en la muerte. ¿Qué te han hecho aquellos órdenes religiosos que tú aborreces y que tú vas calumniando? Jesucristo los ha sacado de en medio de tí, del seno de tus familias para conservárselos; ruegan por tí, por tí emplean toda su vida. ¿Qué se han hecho aquellas almas piadosas y devotas, eterno objeto de tus censuras y de tus burlas? Ellas cumplen su deber; no te responden sino con su paciencia; con sus ejemplos te muestran y te facilitan el camino que deberías seguir. Pero si las aborreces sin motivo, no esperes aborrecerlas impunemente.... El salmo que cita aquí Jesucristo, contiene las maledicencias fulminadas contra estos enemigos de Dios y de los hombres, y la historia del mundo contiene su cumplimiento.

1 Psal. XXIV, v. 19.

PUNTO III.

ESTE ODIÓ ES PARA LA IGLESIA UN MOTIVO DE TRIUNFO.

Primero. *Por el testimonio que da el Espíritu Santo.* "Pero cuando venga el Paraclítico, que yo os enviaré del Padre, Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí..." Este testimonio lo ha dado, y ¡oh con qué aparato! A pesar del odio y del furor de los judíos, este divino consolador, este Espíritu de verdad, hizo sentir su poderosa voz á la infiel Jerusalén; tronó, y con su soplo divino conmovió el cánculo, bajó en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, y se esparció de aquí en una manera visible sobre todos los que recibieron el bautismo de Jesucristo. ¿Qué podía oponer á este Espíritu criador toda la potencia y el odio de los enemigos de Jesucristo? Comenzó el Espíritu Santo con golpes de magnificencia, á dar testimonio de Jesucristo y á formar la Iglesia su esposa. Desde este punto, bien que en una manera invisible, no cesa de animar, de enseñar y dirigir esta divina esposa, y á pesar de todo el odio y las calumnias de los pecadores, la Iglesia se mantiene en toda la gloria y en toda la majestad que desde el principio le confirió el Espíritu Santo. Enseña la verdad, proscribida el error, desecha de su seno los novatores orgullosos y obstinados, y conserva para Jesucristo los hijos dóciles que el Espíritu Santo tiene cuidado de formarle... Ella los tendrá siempre; estos harán su triunfo y la confusión de aquellos que la combaten resistiendo al Espíritu de Dios.

Segundo. *Por el testimonio de los apóstoles.* "Y vosotros también dareis testimonio..." ¿Quién jamás habría creído que estos hombres débiles y cobardes, ignorantes y materiales, hubiesen podido llegar á ser capaces de dar testimonio de Jesucristo? Con todo eso, desde el primer día que recibieron al Espíritu Santo, se mostraron en público, hablaron á una multitud innumerable compuesta de todos los pueblos de la tierra y los llenaron de admiración, los conmovieron, los convirtieron, los bautizaron á millares, llevaron su testimonio delante de los tribunales, lo sostienen sobre los palcos, lo sellan con su sangre, y después de ellos, una multitud infinita tiene á mucha gloria el morir por el nombre de Jesucristo. ¿De qué, pues, ha servido el odio de los malos, sino de hacer triunfar la Iglesia y decorarla con la sangre de tantos mártires?

Tercero. *Por el testimonio de los siglos.* "Porque estáis conmigo desde el principio..." La Iglesia de Jesucristo sube hasta el principio, hasta la misión de Jesucristo y á su predicación, hasta los apóstoles y á la venida del Espíritu Santo sobre ellos, hasta estos testigos oculares y á los autores contemporáneos. Por esto ella se

se llama apóstolica y romana, que es la misma cosa, después que la cabeza de los apóstoles hubo trasladado su silla á Roma; y se llama así para distinguirla de las falsas Iglesias que no pueden subir hasta los apóstoles y que ni tienen cabeza visible ni centro de unidad. Ahora recorramos todos los siglos, y veremos que esta Iglesia de Jesucristo, esta Iglesia católica, apóstolica y romana, ha sido siempre objeto del odio del mundo; siempre perseguida, siempre calumnada, siempre embestida, pero que siempre ha triunfado de todo sostenida del Espíritu de verdad, de santidad y de fuerza que Jesucristo le ha enviado. Ella ha tenido siempre y siempre tendrá sus apóstoles, sus doctores, sus defensores, sus mártires, sus santos y sus taumaturgos. Los tiranos han pasado, las herejías se han disipado y la Iglesia subsiste. Si quedan aun sobre la tierra algunas sectas heréticas ó cismáticas, sin profetizar cuál será su suerte en el porvenir, sin examinar cuál pocos caracteres tienen ellas ni prestan de la verdadera Iglesia, basta que nosotros sepamos la época de su origen. Están bien lejos de tener en su favor el testimonio de los siglos, de subir hasta el principio, de estar unidas con los que han estado con Jesucristo desde el principio. La impiedad no puede como la herejía, subir hasta aquel punto sin hallarse en contradicción consigo misma, porque los que desde el principio han combatido el cristianismo, han dado á los hechos históricos y á los milagros, interpretaciones que causan vergüenza á los impíos modernos, y los impíos modernos están reducidos á negar cada día los hechos mismos de que los primeros fueron testigos y que jamás se atrevieron á negar.

PETICIÓN Y COLOQUIO.

¡Oh Espíritu de Dios! vos solo, y no otro, puede reunir de tal manera todos los siglos, hacer triunfar vuestra Iglesia y dar al que os ha enviado un testimonio, que el odio de los malos de todos los siglos sirva á establecerla y á hacerla más esclarecida, en vez de oscurecerla y debilitarla. ¡Oh santa religión! pues tengo la dicha de conoceros, deseo ardientemente también la de amaros, de practicaros y de llegar por este camino á los bienes eternos que me prometéis. Amen.



MEDITACION CCXCIV.

DEL SERMON DE LA CENA.

S. Juan, c. XVI, v. 1, 11.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO Á SUS APÓSTOLES DESPUÉS DE LA CENA.

JESUS SOSTIENE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES

Primero, prediciéndoles lo que tienen que padecer en este mundo; segundo, consolándoles sobre su partida de este mundo; tercero, anunciándoles las operaciones del Espíritu Santo en orden al mundo.

PUNTO I.

JESÚS SOSTIENE EL ANIMO DE LOS APÓSTOLES PREDICIÉNDOLES LO QUE TIENEN QUE PADECER.

Predicción de persecucion antes que suceda lo que les predice. "Os he dicho estas cosas (esto es, que el mundo os aborrecerá) para que no os escandalicéis." Y os preservéis de caer... El odio del mundo debía llegar á un tal exceso, que habria sido de hecho un escándalo, una ocasion de caída, un motivo de dudar de la doctrina de Jesucristo, si este exceso no hubiese estado predicho con sus efectos, con sus motivos y con sus mas secretas causas... Esto es justamente lo que Jesucristo acaba de hacer aquí, añadiendo... "Os echarán de las Sinagogas, y llegará tiempo que el que os quitará la vida, creará que hace un obsequio á Dios..." Rehar á los apóstoles y á los discípulos de Jesucristo de las Sinagogas, hacerlos morir como enemigos de la ley y de la nacion, he aquí hasta dónde llega el odio. Creer hacer con esto una cosa agradable á Dios; he aquí el error y el prestigio de la pasión. Y la ocasion y causa secreta, es esta... "Os tratarán así porque no han conocido al Padre ni á mí..." Esta predicción se hizo no solo para los apóstoles, sino también para sus sucesores y para los discípulos de Jesucristo de todos los siglos. Deben estos esperar, sin escandalizarse, verse echados, ultrajados, atormentados y muertos en los tormentos. Deben esperar que un pueblo prevenido y engañado, se imaginará en su ceguedad que extermina en ellos unos hombres impíos, malvados, enemigos de Dios y de las potencias establecidas por Dios; unos hombres que son el asote del Estado y autores de todos los males públicos. Pero ni los que sufren estos malos tratamientos, ni los fieles que ven y son testigos de esto, deben escandalizarse; todo esto está predicho, todo esto aca-

ció á los primeros apóstoles, y debe renovarse de tiempo en tiempo en el curso de todos los siglos. Todo esto procede de no haber ya fe ni religion, de no conocerse ya ni á Dios ni á Jesucristo ni á su Iglesia. Apliquémonos á conocer á Dios; á conocer la misión de Jesucristo y la que él ha dado á su Iglesia, y estaremos dispuestos para todo y de nada nos escandalizaremos.

Segundo. *Predicción de consuelo cuando sucederán las cosas predichas.* "Y os he dicho estas cosas para que cuando viniere la hora os acordéis que yo os las he dicho..." Los apóstoles, los mártires, los primeros cristianos, en el tiempo de las persecuciones, bien se acordaron, y ¡oh qué consolacion no encontraron ellos, qué valor no cobraron con esta dulce memoria! Las persecuciones y los tormentos así predichos, cuando suceden, vienen á ser una prueba de fe y una prenda segura de las recompensas prometidas. Si nosotros no vivimos en un siglo de persecucion, debemos no obstante sufrir penas de otra especie, acordémosnos entonces de lo que el salvador nos ha dicho, que son bienaventurados los que lloran, que es necesario llevar la propia cruz y que una eternidad de dolencias, será la recompensa de un momento de paciencia. Acordémosnos de esto en las aflicciones, en la pérdida de los bienes, en las desgracias, en las enfermedades y en la muerte. La palabra del Salvador y su ejemplo nos han de sostener y consolar en este tiempo de prueba.

Tercero. *Predicción de solidaria en el tiempo en que ella se hace.* "No os he dicho pues, estas cosas desde el principio, porque yo estaba con vosotros, pero ahora voy á aquel que me ha enviado..." Jesucristo no quiso atormentar á sus apóstoles antes de tiempo, les ha desentierro lo que tendrian que padecer, solo cuando fué necesario y cuando el tiempo estaba ya vecino. Lo ha hecho tambien en una manera muy propia para establecer y fortificar su fe y para despertar su valor. No habia dejado el Salvador desde el principio cuando los envió á la primera misión, de hablarles de los trabajos que habian de padecer y de lo que con el tiempo tendrian que sufrir, pero lo hizo entonces solo en términos generales que indicaban un tiempo muy distante é incierto; de hecho nada experimentaron de cuanto su Maestro les habia hablado, y no se admiraron de esto, habiendo mirado sus palabras como avisos saludables, y no como una predicción cierta. Desde aquel tiempo no tuvieron jamás la mas minima sospecha de que estas predicciones debiesen un día cumplirse en ellos. Tranquilos bajo las alas de su Maestro, lo seguian con confianza. El solo se exponia á los combates y evitaba todos los golpes. Las conjunciones que formaba la Sinagoga para arrestar, poner en prision, para apedrear y hacer morir, miraban solamente su persona, la experiencia les habia en-